Volumen 24 • Número 1 •Oct-2026

UCA PROFESIONAL

Universidad Florencio del Castillo | REVISTA

ISSN: 2215-5252

"PENSAMIENTO AMBIENTAL DESDE LAS VOCES ORIGINARIAS DE COSTA RICA"



UNIVERSIDAD FLORENCIO DEL CASTILLO

cepam

ÍNDICE

UCA Profesional
Misión, Visión Pag 1

Editorial
Pag 2 - 4

Uniendo voces de la tierra: saberes ancestrales y pensamiento ambiental contemporáneo
Pag 5 - 7

Relación comunitaria con la naturaleza en el territorio indígena de Matambú
Pag 8 - 10

Desde la innovación ambiental: una invitación a escuchar
Pag 11 - 13

Entre Sibú y la naturaleza: una mirada desde mi pueblo
Pag 14 - 16

Ser parte de un todo: concepción del ser humano en la cosmovisión cabécar
Pag 17 - 19

Naturaleza, memoria y territorio: cosmovisión del pueblo Maleku sobre la vida y el equilibrio con la tierra
Pag 20 - 22

La tierra sagrada desde la cosmovisión bribri
Pag 23 - 25

La naturaleza como casa y madre desde la visión del pueblo huetar
Pag 26 - 28

La naturaleza como casa y familia: cosmovisión del pueblo cabécar sobre la vida y la creación
Pag 29 - 30

UCA PROFESIONAL
Universidad Florencio del Castillo | REVISTA

Visión

Ser reconocida por su oferta académica de calidad, que se destaque por la innovación y la formación de profesionales críticos, con competencias y constructores de entornos más justos y participativos, con dominio disciplinar, acorde a los valores institucionales y con capacidad de responder a las necesidades del contexto.

Misión

Formar profesionales integrales, con una visión humanista, inclusiva, investigativa, científica, técnica y tecnológica, que respondan con conciencia social y compromiso ético, con calidad y liderazgo a las transformaciones de la sociedad, de cara a los retos globales emergentes.



Consejo Editorial

Director:
Mtr. Cristian Chinchilla Monge.

Editor Ejecutivo:
Lic. Mario Fernández Picado

Consejo Editorial:

Mtr. Cristian Chinchilla Monge
Dr. Humberto Sanabria Picado
M.Sc. Jimmy Rojas Quirós
Lic. Mario Fernández Picado
Bach. Melissa Guzmán Quesada

Asistente:

Meilyn Serrano Álvarez

Diseño y diagramación:

Agencia Digital Tumedcr

EDITORIAL



HUMBERTO SANABRIA PICADO

La presente edición de la revista UCA Profesional constituye una invitación a escuchar. Escuchar a quienes, desde sus territorios, memorias y experiencias comunitarias, conservan formas de comprender la naturaleza que trascienden la mirada utilitaria con la que frecuentemente se observa el mundo. En estas páginas, la tierra deja de concebirse únicamente como un recurso disponible para el aprovechamiento humano y se manifiesta como hogar, madre, memoria, espiritualidad y espacio sagrado.

En un contexto marcado por el deterioro ambiental, el cambio climático, la pérdida de biodiversidad y la creciente desconexión entre las personas y su entorno, resulta necesario reconocer que la crisis ecológica también es una crisis de pensamiento y de relaciones. No se trata solamente de conservar bosques, proteger fuentes de agua o disminuir la contaminación; también es indispensable transformar la manera en que comprendemos nuestro lugar dentro de la vida.

Durante mucho tiempo, una parte importante del pensamiento moderno situó al ser humano por encima de la naturaleza y legitimó una relación fundamentada en el dominio, la extracción y el consumo. Las voces reunidas en esta edición cuestionan esa separación y nos recuerdan que las personas no existen al margen de los ecosistemas, las comunidades ni la historia. Formamos parte de un entramado vivo en el que cada acción produce consecuencias y en el que cuidar la tierra significa, necesariamente, cuidar nuestra propia existencia.

Esta publicación surge en el marco del proyecto de innovación “Uniendo voces de la tierra: concepción y cosmovisión de la naturaleza en los pueblos originarios de Costa Rica”, impulsado por el Centro de Educación y Pensamiento Ambiental (CEPAM), con el respaldo de la Unidad de Gestión de la Calidad e Innovación y la participación de la Carrera de Enseñanza de las Ciencias Naturales de la Universidad Florencio del Castillo.

La iniciativa representa mucho más que un ejercicio académico. Constituye un espacio de comunicación intercultural en el que los saberes ancestrales dialogan con el conocimiento universitario desde el respeto, la escucha y el reconocimiento de su valor. No se pretende interpretar a los pueblos originarios desde una mirada externa ni reducir sus conocimientos a objetos de estudio. Por el contrario, se procura abrir un espacio para que sus propias voces expresen cómo comprenden la naturaleza, la espiritualidad, la comunidad y el lugar del ser humano en el mundo.

Los artículos que integran este número permiten acercarnos a diversas formas de concebir la vida. Desde el territorio de Matambú, la naturaleza aparece como fuente de alimento, protección, equilibrio y bienestar comunitario. El cuidado de los árboles, las nacientes, los animales, las plantas medicinales y las áreas verdes no constituye una actividad aislada, sino una práctica vinculada con la identidad, la educación y la responsabilidad colectiva.

EDITORIAL

Las cosmovisiones cabécar, bribri, maleku y huetar nos muestran, desde sus particularidades, que la naturaleza es mucho más que un entorno físico. Es casa, familia, vínculo espiritual y memoria de los antepasados. Las piedras, los ríos, las montañas, los animales, las plantas, el viento y el agua forman parte de una totalidad viva, dentro de la cual el ser humano ocupa un lugar de responsabilidad y no de superioridad.

En estos relatos, el conocimiento se transmite mediante la palabra, el canto, la siembra, la convivencia, la observación y las enseñanzas de las personas mayores. La relación con la tierra se aprende desde la niñez y se expresa en prácticas cotidianas: solicitar permiso antes de tomar algo de la naturaleza, utilizar únicamente lo necesario, respetar los ciclos de la vida, proteger las fuentes de agua, cuidar a los animales y mantener vivo el vínculo con la comunidad.

Cada contribución posee una identidad propia y responde a experiencias culturales, históricas y territoriales particulares. Por ello, estas cosmovisiones no deben homogeneizarse ni presentarse como si constituyeran una única forma de pensamiento. Su riqueza reside precisamente en su diversidad. Sin embargo, entre ellas puede reconocerse un principio compartido: la vida se sostiene mediante relaciones de respeto, reciprocidad, equilibrio y agradecimiento.

Uno de los aportes más significativos de esta edición consiste en recuperar la memoria como fuente legítima de conocimiento. Las historias familiares, las experiencias comunitarias y las enseñanzas transmitidas de generación en generación son formas de saber que durante mucho tiempo fueron invisibilizadas, desvalorizadas o interpretadas desde categorías ajenas. Reconocerlas implica cuestionar las jerarquías tradicionales del conocimiento y comprender que la ciencia y la academia también pueden enriquecerse cuando aprenden a escuchar.

En este sentido, la universidad tiene una responsabilidad fundamental. Como espacio de formación, investigación y extensión, debe promover encuentros respetuosos entre distintas maneras de conocer, evitando que el conocimiento académico desplace, subordine o distorsione los saberes comunitarios. La interculturalidad exige apertura, humildad y disposición para comprender que ninguna tradición posee por sí sola todas las respuestas frente a los complejos desafíos ambientales contemporáneos.

Desde la Universidad Florencio del Castillo reafirmamos nuestro compromiso con una educación ambiental crítica, ética y transformadora. Una educación que no se limite a transmitir conceptos sobre sostenibilidad, sino que permita reconstruir nuestra relación con la tierra y comprender que la protección ambiental está estrechamente vinculada con la cultura, la espiritualidad, la justicia y la dignidad humana.

Esta edición también representa un reconocimiento a las personas autoras que compartieron generosamente sus conocimientos, recuerdos y experiencias. Agradecemos a las comunidades participantes, al Centro de Educación y Pensamiento Ambiental, a la Carrera de Enseñanza de las Ciencias Naturales, a la Unidad de Gestión de la Calidad e Innovación y a todas las personas que acompañaron el proceso de sistematización, revisión y publicación.

Invitamos a leer estas páginas con calma, respeto y apertura. No solamente para conocer otras maneras de interpretar la naturaleza, sino para permitir que estas voces interpelen nuestras propias prácticas. Cada artículo plantea una pregunta que merece acompañarnos más allá de esta publicación: ¿qué relación estamos construyendo con la tierra y qué legado dejaremos a las futuras generaciones?

EDITORIAL

Escuchar las voces de la tierra puede ayudarnos a recuperar aquello que la prisa, el individualismo y la explotación desmedida nos han hecho olvidar: no somos propietarios absolutos del mundo, sino parte de una comunidad mayor de vida. Cuidar la naturaleza es honrar la memoria, proteger el presente y asumir responsablemente el futuro.

Que esta edición contribuya a tender puentes entre la universidad, los pueblos originarios y la sociedad; que fortalezca el diálogo intercultural y que nos inspire a construir formas de vida más conscientes, solidarias y respetuosas. Cuando aprendemos a escuchar la tierra, también aprendemos a escucharnos como humanidad.

Uniendo voces de la tierra: saberes ancestrales y pensamiento ambiental contemporáneo



El presente dossier ha sido impulsado por el Centro de Educación y Pensamiento Ambiental (CEPAM), que promueve una visión de sostenibilidad centrada en la vida y en la transformación de la relación con la tierra, a partir del Proyecto de Innovación titulado "Uniendo voces de la tierra: concepción y cosmovisión de la naturaleza en los pueblos originarios de Costa Rica", respaldado por la Unidad de Gestión de la Calidad e Innovación de la Universidad Florencio del Castillo (UCA).

La iniciativa surge con el propósito de rescatar saberes ancestrales que evidencian una convivencia armónica con los ecosistemas. Los artículos elaborados por las personas participantes del proyecto plantean que todo está interconectado: naturaleza, ser humano y espiritualidad. Esta concepción fortalece el pensamiento ambiental no como teoría, sino como una forma de vida basada en las interrelaciones de los seres.

Los textos de las personas participantes, verdaderas voces de la tierra reconfiguran profundamente la noción de naturaleza. Se alejan de la visión utilitarista que tradicionalmente se le ha atribuido y la sitúan como un ente de vida, memoria y espiritualidad: madre, hogar y ser vivo; por ende, sujeto de derechos. En esta perspectiva, el ser humano no es superior ni está separado, sino que forma parte entramada de un 'campo total', con una responsabilidad inherente en la búsqueda de su equilibrio.

La presente revista constituye un espacio institucional de encuentro, un crisol en el que el saber ancestral no solo se recupera, sino que dialoga en condiciones de igualdad con el conocimiento académico, enriqueciendo así el pensamiento ambiental en el contexto contemporáneo.

Este dossier constituye una propuesta que se inscribe en una educación ambiental que trasciende lo meramente informativo. Se presenta como un punto de partida para el diálogo ético, intercultural y transformador. Parte de la premisa de que el ambiente no es únicamente un concepto ecológico, sino también cultural. Los textos permiten vislumbrar que la naturaleza no puede comprenderse sin su dimensión espiritual, territorial e histórica, elementos que amplían significativamente el concepto de ambiente.

A modo de cierre, el CEPAM propone abrir posibilidades reales y futuras para la transformación de lo ambiental, entendida como la reconfiguración de las relaciones entre cultura y ecosistema. El proyecto de innovación actúa como un puente intercultural de saberes que propicia el diálogo transdisciplinario, mientras que los textos, las voces de la tierra, constituyen una propuesta de vida alternativa que dinamiza el mundo. En palabras atribuidas a Arquímedes: "dadme un punto de apoyo y moveré el mundo". En este sentido, se invita a transformar el pensamiento, las formas de vida y la relación con la tierra.

Esta revista no solo reúne artículos: teje voces, memorias y saberes que invitan a repensar el lugar del ser humano en el mundo y a reconstruir, desde el respeto y la conciencia, nuestra relación con la tierra.

Esta concepción fortalece el pensamiento ambiental no como teoría, sino como una forma de vida basada en las interrelaciones de los seres.

El ser humano no es superior ni está separado, sino que forma parte entramada de un ‘campo total.





Coordinador del Proyecto de Innovación y del Centro de Educación y Pensamiento Ambiental. Director de la Carrera Enseñanza de las Ciencias Naturales de la UCA. Profesor Universitario y de educación secundaria.

Cristian Marrero Solano

Relación comunitaria con la naturaleza en el territorio indígena de Matambú



"A la naturaleza le debemos mucho. Ahí sembramos lo que necesitamos para vivir; ahí nacen los árboles que protegen el agua que tomamos; ahí viven los animales que cuidamos o cazamos para alimento; y es de ahí de donde obtenemos los materiales para construir nuestras casas y protegernos. Por eso debemos cuidarla". Marta Pérez Fajardo, adulta mayor de la comunidad de Matambuguito, perteneciente al territorio indígena de Matambú.

En el territorio indígena de Matambú, la naturaleza adquiere una gran importancia para sus habitantes. Desde la niñez se educa sobre el valor que tiene y sobre cómo debe protegerse. Nuestros antepasados eran muy cuidadosos con ella: cuidaban la tierra con esmero, donde sembraban sus diferentes productos, así como su alimento sagrado, el maíz.

Siempre se procura que la naturaleza mantenga un equilibrio para conservar las áreas verdes, que son el hogar de diversos animales silvestres. Estos no solo representan una fuente de alimento, sino también una fuente de color y alegría a través de sus cantos y su presencia en el entorno.

Nuestros antepasados eran muy cuidadosos con ella: cuidaban la tierra con esmero, donde sembraban sus diferentes productos, así como su alimento sagrado, el maíz.

Los árboles reciben un cuidado especial, pues se consideran los grandes protectores de las nacientes de agua. Por esta razón, se resguardan especialmente aquellos que crecen alrededor de ríos y quebradas. Asimismo, las plantas medicinales que se utilizan para tratar diversos males reciben un cuidado particular. De igual forma, el agua es muy valorada en el territorio: las quebradas suelen ser limpias y el agua generalmente nace en las montañas, lo que le otorga una pureza particular. No obstante, durante la época seca, muchas de ellas pierden caudal debido al clima.

Es importante destacar también el papel de algunas personas emprendedoras de la comunidad en el cuidado de los recursos naturales. Sus proyectos tienen como objetivo principal la protección de la naturaleza, ya sea de bosques o de quebradas, pues estos constituyen el valor fundamental de sus iniciativas. Además, se promueve el cuidado de las abejas debido a su papel esencial en el proceso de polinización y en la conservación de las plantas.

Esta relación con la naturaleza, heredada de nuestros ancestros, refleja la forma en la que ellos comprendían su sentido de vida. La naturaleza nos provee de múltiples recursos: alimentos, plantas, refugio y bienestar. Por esto, es deber de las personas cuidarla y fomentar una convivencia armoniosa con ella. A cambio, la comunidad contribuye a que la naturaleza se regenere y amplíe sus áreas verdes, lo que permite mantener el equilibrio entre los distintos seres vivos.

En las escuelas del territorio se inculca a las personas estudiantes el respeto por la naturaleza: no tirar basura, no matar animales por diversión, cuidar las fuentes de agua y evitar la tala innecesaria de árboles. Además, se enseña que las personas forman parte de ese entorno y que ese entorno es su hogar. De esta manera, se busca que desde edades tempranas se comprenda que la naturaleza es como una madre que protege y que, por lo tanto, debe ser cuidada y respetada.

Los árboles reciben un cuidado especial, pues se consideran los grandes protectores de las nacientes de agua.

No se puede ignorar que el territorio también enfrenta cambios. El crecimiento de la población ha producido la necesidad de destinar más tierras para la construcción de viviendas y el cultivo. Además, la ganadería ocupa una porción importante del territorio. Ante esta realidad, se trabaja activamente para evitar la cacería ilegal y se colabora con instituciones para mantener las áreas protegidas. El objetivo es conservar, en la medida de lo posible, el legado natural que fue heredado y que constituye una responsabilidad colectiva preservar.

Asimismo, se procura que los recursos naturales se utilicen de forma comunitaria y solidaria, buscando siempre el bien común de los habitantes del territorio.

La naturaleza de Matambú es exquisita, variada, colorida y llena de vida. Es una fuente de diversidad que merece ser admirada y protegida. Su cuidado es un deber que nace de la cultura, la cosmovisión, la identidad y, en última instancia, de la propia existencia del pueblo.



Licenciado en Educación General Básica para I y II ciclos. Docente en la Escuela Matambuguito de Nicoya. Integrante de la etnia chorotega

Alex Zambrana Pérez

Desde la innovación ambiental: una invitación a escuchar



Este conjunto de artículos surge de un Proyecto de Innovación de la Unidad de Gestión de Calidad e Innovación titulado "Uniendo voces de la tierra: concepción y cosmovisión de la naturaleza en los pueblos originarios de Costa Rica", desarrollado desde el Centro de Educación y Pensamiento Ambiental (CEPAM) y organizado por la Carrera de Enseñanza de las Ciencias Naturales de la Universidad Florencio del Castillo (UCA). Su propósito es sencillo y, a la vez, profundo: abrir un espacio de encuentro entre saberes que permita escuchar cómo comprenden la naturaleza y al ser humano quienes han habitado y cuidado estos territorios durante generaciones.

En Costa Rica se habla con frecuencia de ambiente, sostenibilidad y educación ambiental. Sin embargo, muchas de estas conversaciones se limitan a definiciones técnicas y discursos generales, lo que provoca la pérdida de un elemento esencial: las formas de conocimiento que emergen de la experiencia, del territorio y de la memoria colectiva. Por ello, este proyecto se planteó preservar y visibilizar saberes ancestrales, promover un diálogo intercultural entre comunidades indígenas y la academia, y contribuir a una educación ambiental que reconozca la diversidad cultural como parte fundamental del aprendizaje.

Se planteó preservar y visibilizar saberes ancestrales, promover un diálogo intercultural entre comunidades indígenas y la academia.

La propuesta se construyó con la participación de distintos pueblos originarios: bribri, cabécar, chorotega, huetar, maleku y ngäbe, quienes formaron parte de un proceso de intercambio y acompañamiento para la elaboración de sus textos. Cada artículo se origina en preguntas guía que no pretenden "explicar" a los pueblos originarios desde una mirada externa, sino abrir la palabra desde su propia voz y cosmovisión: ¿qué es la naturaleza para mi pueblo? y ¿qué es el ser humano para mi pueblo?

Más que un ejercicio académico, se procuró desarrollar un proceso cuidadoso: generar un espacio de comunicación intercultural, realizar encuentros de intercambio, sistematizar los aportes, acompañar la redacción y llevar a cabo la revisión y edición final con validación de las personas autoras. Esta metodología resulta fundamental, pues en proyectos de esta naturaleza el "cómo" es tan relevante como el "qué": no se trata de recopilar testimonios, sino de construir un camino en el que la palabra sea respetada, organizada sin distorsionarla y compartida con dignidad.

Los impactos del proyecto se proyectan en tres niveles: académico, mediante el fortalecimiento de la formación intercultural del estudiantado; social-comunitario, a través de la promoción del diálogo de saberes y su visibilización; y ambiental, mediante la recuperación de prácticas ancestrales de cuidado de la naturaleza. Sin embargo, el valor más significativo de esta publicación es aquel que no siempre se puede medir: la posibilidad de que quienes leen se acerquen a otras formas de comprender la vida, no como una curiosidad, sino como una oportunidad de aprendizaje.



Desde la Enseñanza de las Ciencias Naturales, este proyecto recuerda que enseñar ciencias no consiste únicamente en transmitir conceptos, sino en formar una relación responsable con el mundo. Esta relación se enriquece al reconocer que existen conocimientos que no se registran únicamente en los libros, sino que se resguardan en el canto, en la siembra, en el río, en el monte, en el cuidado comunitario y en la memoria de las personas mayores. Estas páginas constituyen, entonces, una invitación: leer con calma, escuchar con atención y permitir que otras voces, voces de la tierra, contribuyan a comprender la naturaleza no como un recurso, sino como hogar, vínculo y responsabilidad compartida.

> No se trata de recopilar testimonios, sino de construir un camino en el que la palabra sea respetada, organizada sin distorsionarla y compartida con dignidad.





Estudiante de Enseñanza de las Ciencias Naturales de la Sede de Siquirres.

Diana Porras León

Entre Sibú y la naturaleza: una mirada desde mi pueblo



Hablar del ser humano desde mi identidad como mujer indígena del pueblo huetar no es solo una reflexión individual, sino un eco de la voz de mis ancestros. Es mirar el mundo desde una cosmovisión que no separa ni establece jerarquías, sino que conecta. Para mi pueblo, el ser humano no puede entenderse de manera aislada, pues forma parte de un todo más amplio en el que conviven la naturaleza, Sibú (nuestro Dios) y el propio ser humano.

Desde esta visión, el ser humano no es el centro del universo ni el dueño de la naturaleza, como muchas veces se plantea en las sociedades occidentales. Tampoco es inferior: es un igual, un elemento más dentro del equilibrio de la vida. Esta idea cuestiona muchas de las formas en que hoy se comprende el mundo, donde se explota la tierra, se domina la naturaleza y se olvida que todo está interconectado.

En la espiritualidad huetar, la naturaleza no es un recurso: es vida. Es madre, es origen y es camino. Desde esta misma perspectiva, el ser humano tiene un lugar de responsabilidad, no de dominio. Forma parte de ese tejido sagrado que sostiene la existencia. Por ello, cuando la naturaleza es dañada, también lo es el ser humano. Y cuando este olvida su lugar dentro del equilibrio, rompe la armonía que Sibú ha dispuesto.

Sibú, como dador de vida, no solo crea al ser humano, sino que le otorga sabiduría. Esta sabiduría no debe entenderse únicamente como conocimiento intelectual, sino como una forma de vivir con respeto, equilibrio y conciencia. Es una sabiduría que se transmite de generación en generación, a través de la palabra, la experiencia y la conexión espiritual con el entorno.

Sin embargo, en la actualidad, esta visión es con frecuencia ignorada o invisibilizada. Vivimos en un mundo en el que el valor del ser humano se mide por lo que produce, por lo que posee o por el poder que ejerce. Desde mi cosmovisión, esto representa una forma de olvidar lo esencial. El valor humano no radica en el tener, sino en la capacidad de vivir en armonía, respetar la vida y reconocer el vínculo con todo lo que existe.

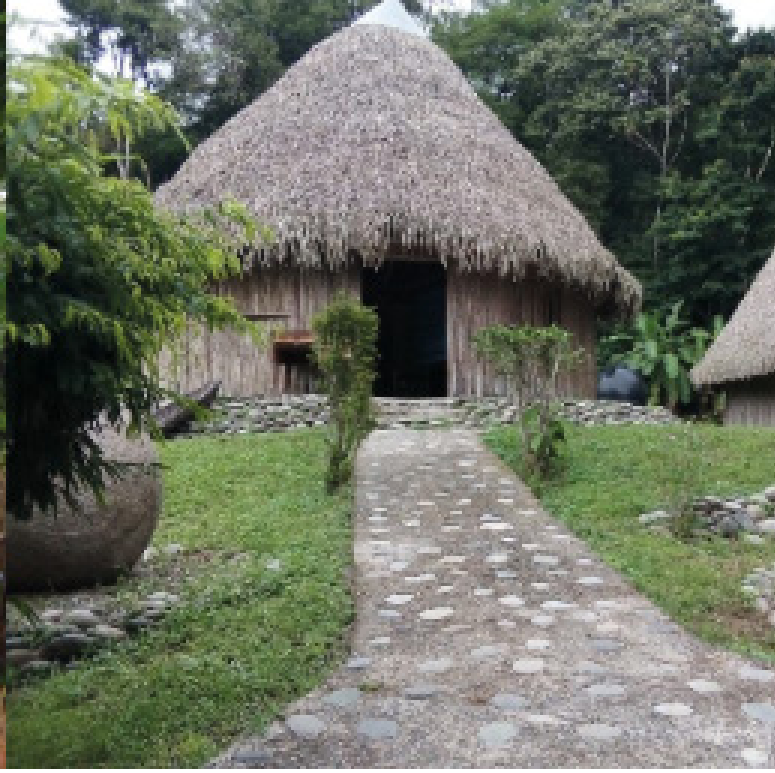
Como mujer indígena, también reconozco que hablar del ser humano implica cuestionar las desigualdades presentes en la sociedad. No todas las personas son valoradas de la misma manera. Existen discriminaciones, violencias y formas de exclusión que contradicen profundamente esta idea de equilibrio y respeto. Por ello, recuperar la cosmovisión indígena constituye también una forma de resistencia: un recordatorio de que toda persona posee dignidad y de que esta debe ser reconocida.

Para mi pueblo, el ser humano es un ser con un lugar sagrado dentro del mundo. No está por encima de la naturaleza ni separado de lo divino, sino en relación constante con ambos. Forma parte de un equilibrio que debe preservarse y respetarse. Esta forma de comprender la vida invita a reflexionar sobre cómo vivimos hoy y qué tipo de relaciones construimos con la tierra, con las demás personas y con nosotros mismos.

En lo personal, esta enseñanza me conduce a valorar profundamente mi identidad, mis raíces y el conocimiento de mis ancestros. Me recuerda que ser humano no es solo existir, sino vivir con conciencia, respeto y responsabilidad. Es reconocer que no estamos solos, que somos parte de algo más grande y que nuestras acciones tienen un impacto en ese todo.

En un mundo que a menudo promueve la separación y el individualismo, la cosmovisión de mi pueblo ofrece una alternativa: una forma de vida basada en la conexión, el equilibrio y el respeto. Quizá escuchar estas voces ancestrales no solo sea importante para los pueblos indígenas, sino para toda la humanidad.





Fuente de imágenes proporcionadas por: Asociación de Desarrollo Integral de Territorio Indígena de Quitirrisí de Mora



El ser humano no puede entenderse de manera aislada, pues forma parte de un todo más amplio en el que conviven la naturaleza, Sibú (nuestro Dios) y el propio ser humano.



Soy de la comunidad de Quitirrisí, de la nación Huetar de Costa Rica. Tengo formación profesional en educación religiosa y teología, y soy activista por los derechos de los pueblos indígenas, además de que estudié el manejo y protección del medio ambiente.

Esmeralda Pérez Hernández

Ser parte de un todo: concepción del ser humano en la cosmovisión cabécar



Para el pueblo indígena cabécar, el ser humano no existe como una entidad aislada ni separada de su entorno. Por el contrario forma parte integral de un todo, de un entorno vivo en el que cada elemento está conectado con los demás. La vida se concibe como un vínculo permanente entre la persona, la comunidad, la tierra, los ríos, los árboles, los animales y el mundo espiritual. En este sentido, el ser humano se comprende como parte de un equilibrio natural que debe ser respetado y preservado.



En la cosmovisión cabécar, cada persona nace con una responsabilidad inherente: vivir en armonía con su entorno. La tierra no es vista únicamente como un recurso aprovechable, sino como una madre que da vida y sustento. Los árboles, los ríos y las montañas forman parte del mismo sistema de vida que sostiene a las personas. Por esto, desde temprana edad, los miembros de la comunidad aprenden a respetar la naturaleza, a escucharla y a convivir con ella sin causarle daño.

> La vida se concibe como un vínculo permanente entre la persona, la comunidad, la tierra, los ríos, los árboles, los animales y el mundo espiritual.



Fuente de imágenes tomada de la página Ecosistemas de Costa Rica

Por otra parte, el ser humano dentro del territorio indígena cabécar se construye a través de su pertenencia a un clan. Los clanes constituyen un punto fundamental para la organización social y cultural del pueblo indígena y cada uno posee reglas, responsabilidades y formas de convivencia que orientan la vida de las personas. Estas normas contribuyen a mantener el orden, el respeto y el equilibrio en el entorno cultural. Los clanes no representan únicamente una forma de identificación familiar, sino también un vínculo para preservar el conocimiento ancestral transmitido de generación en generación.

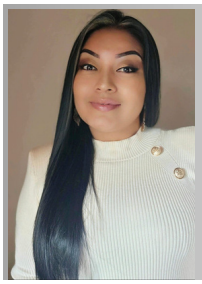
La cosmovisión cabécar reconoce que cada persona forma parte de una historia colectiva. Las tradiciones, las costumbres, los saberes sobre la naturaleza y las formas de vida han sido heredados por los mayores, quienes enseñan a las personas jóvenes el valor del respeto, la solidaridad y la convivencia. Así, el ser humano no se concibe únicamente como individuo, sino como parte de una familia y de una comunidad que comparte valores, creencias y responsabilidades comunes.
El respeto constituye uno de los pilares en la cosmovisión cabécar. Honrar a los mayores, a la familia, a la comunidad y a la naturaleza es una enseñanza central de esta cultura.

La convivencia se sustenta en la ayuda mutua, el trabajo colectivo y la consciencia de que todos forman parte de un mismo tejido social. En este contexto, la familia cumple un papel esencial, pues es el primer espacio donde se transmiten los valores culturales y donde se aprende a vivir conforme a las normas de la comunidad.

Del mismo modo, para el territorio cabécar, el ser humano es portador de una cultura viva. Las tradiciones, el idioma, los conocimientos de la tierra, las prácticas agrícolas y las narrativas ancestrales conforman su identidad. Esta cultura no pertenece únicamente al pasado, sino que permanece activa en el presente y se proyecta hacia el futuro mediante la enseñanza de los mayores y la práctica cotidiana de las costumbres.

En conclusión, para el pueblo cabécar el ser humano es parte de un todo. No existe al margen de la naturaleza ni de su comunidad. Su vida se construye a partir del respeto, la convivencia y la transmisión del saber ancestral. Ser cabécar implica vivir en equilibrio con el entorno, valorar la familia, conocer y observar las normas de los clanes y mantener viva una herencia cultural preservada a lo largo de generaciones. De este modo, el ser humano no solo habita el mundo, sino que también asume la responsabilidad de cuidarlo y protegerlo para quienes vendrán.

La convivencia se sustenta en la ayuda mutua, el trabajo colectivo y la consciencia de que todos forman parte de un mismo tejido social.



Doctora en Administración Educativa. Integrante del pueblo bribri. Directora del Liceo Rural Indígena Cabécar de Alto Chirripó. Investigadora participante en estudios académicos internacionales sobre liderazgo educativo e inclusión

Dra. Helen Villanueva Vargas

Naturaleza, memoria y territorio: cosmovisión del pueblo Maleku sobre la vida y el equilibrio con la tierra



Desde niños se enseña que la madre naturaleza no solo es un lugar para habitar; la naturaleza es la esencia, la identidad y la historia de quiénes somos y de dónde venimos. Esta es la parte espiritual que conecta las vidas con esta tierra. Nuestros antepasados nos enseñaron que toda la naturaleza y su entorno merecen respeto.

Ella es el lugar sagrado, lleno de vida. Los ríos, los bosques, las montañas, el viento y los animales ayudan a mantener el equilibrio entre los seres humanos y la naturaleza.

El territorio indígena Maleku está situado en la Zona Norte de Costa Rica, cerca del río Frío. Este río nos cuenta innumerables historias sobre las generaciones pasadas, historias que nos transportan a la vida de nuestros ancestros. Al río Frío se le considera el hogar, la cuna del pueblo.

Respetamos la naturaleza y se utilizan los recursos de forma responsable, como parte de una relación de armonía. La naturaleza da lo necesario siempre que la cuidemos: ella da y ella quita; ella nos premia y también nos castiga.

Recolectamos los alimentos que necesitamos con equilibrio. Tomamos las plantas para medicinas y las carnes que nos alimentan únicamente en la ración necesaria. No somos dueños de esta tierra; somos parte de ella.

La madre naturaleza marca el inicio de la existencia. Todo lo que tiene vida nos llena de energía y tiene un propósito: conecta a los seres humanos con el mundo espiritual y con las enseñanzas de nuestros antepasados.



Cuando entramos en los bosques sentimos que ellos son la puerta a un lugar sagrado donde habitan espíritus (dioses). Los ríos tienen significados muy profundos; entre ellos, el río Frío y Caño Negro, que no solo fueron las fuentes más importantes de nuestros alimentos, sino también los testigos vivos de nuestra identidad.

Recuerdo cuando mi abuela Julia nos contaba sobre las grandes reuniones en el río Frío: los trueques de carnes y verduras, la toma de chicha, los bailes y las ceremonias para dar gracias a Toku (Dios) por todo lo que la naturaleza nos provee.

En carne propia vi a mi abuela despertar a un niño que estaba prácticamente muerto (muerte de cuna). Escuché sus oraciones, vi cómo preparaba brebajes y oí sus cantos. La vi revertir una oración de maldición en bendición para la persona afectada. La vi hablarle al jaguar y este le obedecía. La vi cantar en la montaña mientras preparaba los alimentos y mientras lo hacía recitaba sus oraciones; con ellas elevó piedras a más de diez centímetros sobre el nivel de la tierra.

Mi padre, don Isidro Acosta, me llevó a pescar y también a un lago a cazar tortugas. Recuerdo sus palabras: "Hija, aprende y grábate esta oración, para que cuando llegue tu oportunidad la recites y comprendas la conexión de la naturaleza con el ser humano".

la naturaleza es la esencia, la identidad y la historia

En la laguna había innumerables tortugas, pero también dos grandes lagartos con sus crías. El animal estaba muy bravo y emitía un ruido que hacía cimbrar la tierra. Mi padre empezó a cantar y hacer una oración en maleku.

Mi sorpresa fue grande cuando el lagarto salió del agua y el otro se apartó hacia una orilla con todas sus crías. Papá dijo entonces: "Ahora sí podemos ingresar al río". Con miedo empecé a ayudar en la cacería.

Unas dos horas después, el lagarto que había salido del agua emitió un ruido que silenció toda la montaña y se metió nuevamente al río. Papá nos dijo: "Salgamos todos; el permiso que pedí terminó. El lagarto ha dicho que es suficiente".

Duré años en entender esa conexión y ese equilibrio con la naturaleza. Durante mucho tiempo, personas que no eran indígenas nos hicieron creer que todo eso era brujería. El temor de contar lo vivido hizo que muchas historias y conocimientos se perdieran.

Años después entendí que lo que mi abuela y mi padre sabían no era brujería. Era una conexión profunda con la naturaleza, donde ellos eran considerados seres puros de luz. Solo por la limpieza de sus corazones podían recibir el don espiritual que la naturaleza ofrecía.



La nueva generación ha entendido que parte de la identidad está desapareciendo y que los años pueden borrar la existencia. Por eso, estamos protegiendo la madre Tierra, porque comprendimos que no se trata solamente de un recurso, sino de un legado espiritual. Cuidar el bosque, las aguas y los animales es una forma de honrar la memoria de nuestros antepasados y de asegurar a las futuras generaciones un gran legado.

Si nuestra madre naturaleza muere, con ella morimos todos. Mueren nuestras historias, nuestras descendencias y nuestro legado. Por esta razón, seguimos luchando por la conservación de los territorios y por el respeto hacia la naturaleza.

La relación entre los seres humanos y la naturaleza se basa en el respeto, el equilibrio y el agradecimiento. Cuidar la naturaleza es una responsabilidad que fue otorgada y que se debe transmitir a las futuras generaciones, reconociendo que ella es toda nuestra historia y que si no la cuidamos, pronto quizá solo seremos recordados en un museo, detrás de unas vitrinas.

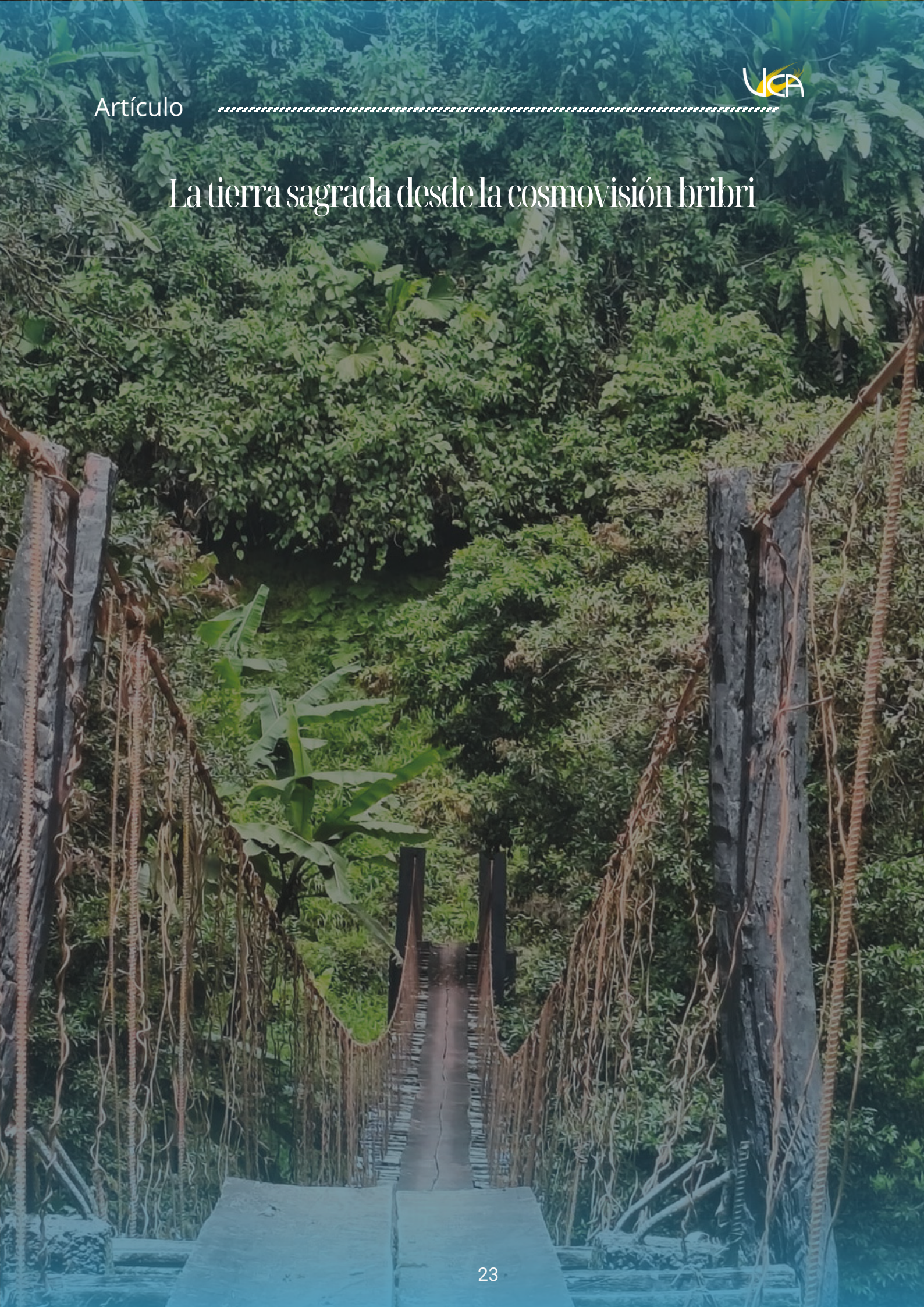
Si nuestra madre naturaleza muere, con ella morimos todos. Mueren nuestras historias, nuestras descendencias y nuestro legado.



Artesana Maleku certificada con productos de Artesanías con Identidad y Sello Artesanal de Costa Rica por el Instituto Costarricense de Turismo (ICT). Guía de turismo e integrante de la Asociación Cultural Siempre Verde Sarapiquí. Emprendedora del proyecto Dulce Nostalgia.

Irma Acosta Elizondo

La tierra sagrada desde la cosmovisión bribri



Desde el principio de nuestras historias sagradas bribris, Sibö es el eje principal de toda la deidad. Un día habló con todos los seres espirituales, pues dentro de su ser anhelaba crear la tierra.

Llegó el momento en que planeó su gran viaje hacia el más allá del oeste. Él viajó donde estaban sus familiares, con el entusiasmo de poder invitarlos a una gran fiesta.

Sibö conversó con su hermana Namaitami para convencerla de que participara en la fiesta que él iba a celebrar en el lugar más alto, hacia donde está su casa. La danta viajó para participar en la fiesta de Sibö.

Al verla llegar, Sibö salió en dirección al oeste con el propósito de traer a la niña Iriria a la fiesta. En ese momento, Sibö le dijo a Sula que se encargara de llevar a la niña a la gran celebración. Durante el viaje, Sibö se encontró con el gran murciélago. Observó detenidamente cómo el murciélago se alimentaba de la sangre de la niña. De ahí le encargó una gran misión, pues vio que el murciélago (Dakul) expulsaba su excremento y, al poco tiempo, brotaban plantas.

Desde ese momento, Sibö se llenó de ilusión al comprender que sí podía crear la tierra. Sibö envió entonces a los seres espirituales para que trajeran a la niña. Cuando ellos llegaron, se dieron cuenta de que la niña tenía un aspecto muy robusto y que nadie podía levantarla para llevarla a la fiesta del sorbón.

> La visión es seguir cuidando lo que Sibö dejó y transmitir este legado de armonía con la naturaleza a las futuras generaciones.

Los seres comenzaron a hablar entre sí. Dijeron que la única que podía llevar a la niña al sorbón era la abuela Namasia. A ella le pidieron que cargara a la niña. La abuela la alzó y la amarró a su cintura. Luego se integró al baile del sorbón llevando a su nieta en la espalda. El baile se intensificaba cada vez más. Cuando la abuela Namasia se percató, la niña había caído en medio del círculo del baile. Su madre, Namaitami, intentó rescatarla, pero se le resbaló de las manos porque tenía aceite de cacao.

Ya era demasiado tarde. La niña fue pisoteada por todos los que bailaban el sorbón. Así fue como Sibö creó la tierra a partir de la carne y el océano a partir del corazón. De esta manera, los pueblos indígenas sabemos que la tierra es algo sagrado que se debe cuidar, preservar y respetar.

Dentro de la cultura bribri se debe cuidar la tierra con mucho respeto y responsabilidad. Este es un gran encargo que Sibö nos delegó desde la creación, pues él nos dio esta primera casa cósmica para vivir y subsistir en su entorno. Para poder vivir en la naturaleza es necesario cuidar lo que Sibö creó: plantas, animales, aves, mares y ríos. Además, se debe respetar a todos los seres sobrenaturales que habitan en ella, aunque los ojos no puedan percibirlos.

Cuando necesitemos alimentos o materiales de la naturaleza se debe hacerlo con un uso cuidadoso y racional, siempre siguiendo el debido proceso de respeto hacia el ser espiritual Sor, quien cuida todo lo que Dios creó y sembró. A este ser, Sibö le encargó velar y proteger todo lo que existe en la tierra.



De las plantas y los árboles es posible obtener medicinas naturales para curar diversas enfermedades, así como materiales para la construcción de la casa tradicional. De los animales obtenemos alimento y medicina. Sin embargo, hay animales que no se pueden comer, como el zorro, el armadillo, la danta y la serpiente, pues se consideran impuros porque no respetaron las órdenes de Sibö. Entre las aves tampoco se puede comer el búho, el zopilote y el cuyeo, porque se consideran mensajeros de Dios. Del mar los indígenas no podemos alimentarnos, porque de allí Sibö creó el corazón de Iriria. Del río es posible alimentarnos, pero siempre de forma racional.

De todos los seres creados por Sibö se debe hacer un uso cuidadoso y pedir permiso antes de tomar algo, porque se sabe que Sibö es el dueño de toda esta creación.

Los indígenas bribris sabemos que debemos cuidar la naturaleza y darle un uso respetuoso para seguir preservando toda la riqueza natural que tenemos en Talamanca. Muchas veces el ser humano solo se enfoca en destruir y contaminar la madre Tierra, sin pensar que es ella quien da alimento y nos permite vivir. Sin la tierra no existiríamos. Tampoco existiría la hermosa casa cósmica que es el universo.

Como pueblo bribri, no debemos permitir que nos conquisten a cambio de algo para entregar la madre Tierra a los foráneos. Ellos muchas veces ven la riqueza en destruir esta tierra que contiene cosas preciosas y valiosas.

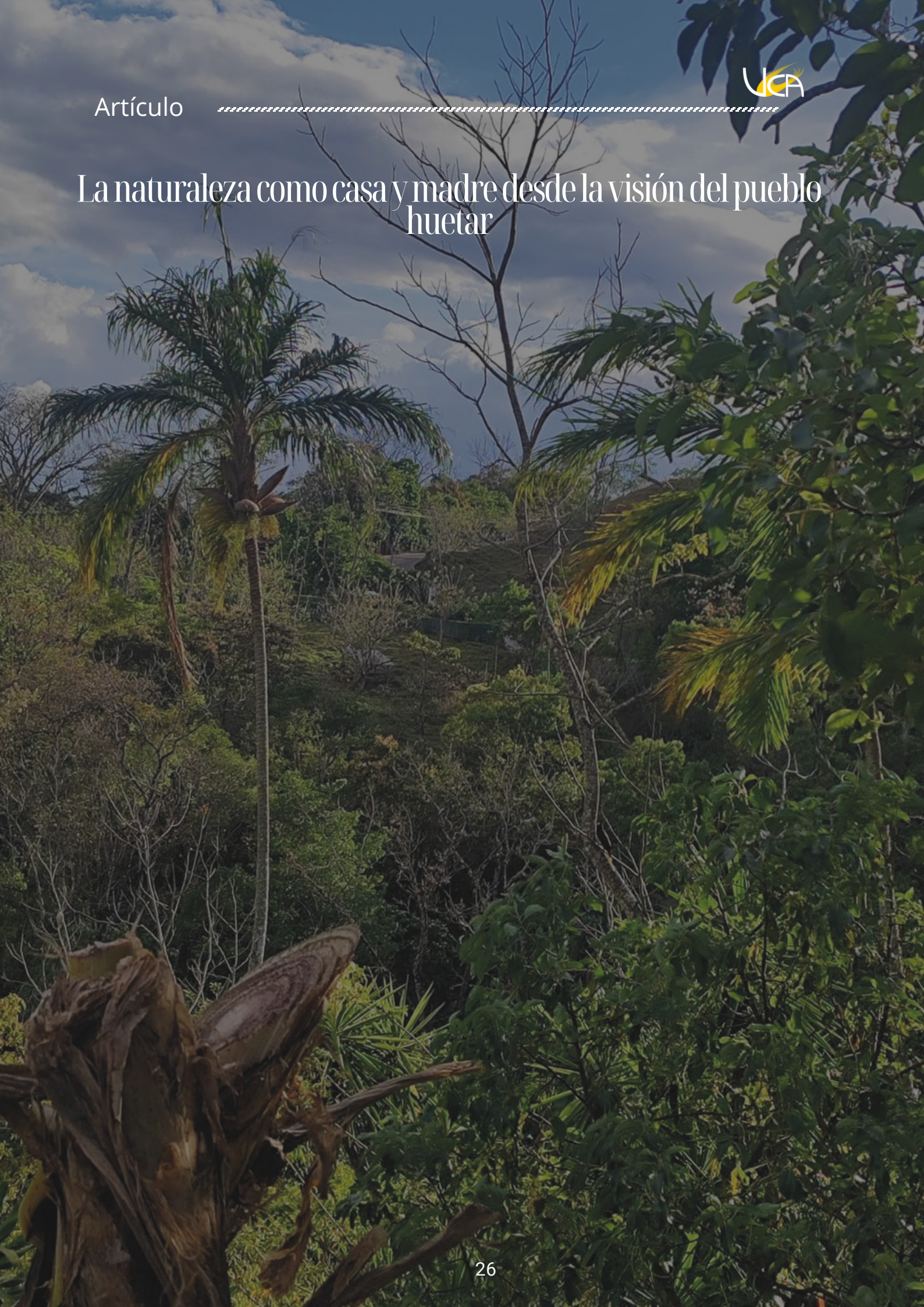
Para nosotros, en cambio, la visión es seguir cuidando lo que Sibö dejó y transmitir este legado de armonía con la naturaleza a las futuras generaciones. Solo así pueden prevalecer los pueblos originarios en esta tierra.



Soy del clan yeyewak. Bachiller en I y II ciclo educación. Docente de cultura bribri. Miembro del Benemérito Cuerpo de Bomberos. Creación de material didáctico desde la cosmovisión bribri con la Dirección regional Sula.

Juan Carlos Jackson López

La naturaleza como casa y madre desde la visión del pueblo huetar



Cuando se habla de naturaleza, suele pensarse en montañas, plantas, aves y ríos. Para mi pueblo huetar, la naturaleza es nuestra casa y nuestra madre: quien nos abraza y nos provee de todo lo necesario: alimento, techo, amor y seguridad. Somos parte de ella y permanecemos en conexión con todo lo que nos rodea. Desde esta cosmovisión, cada ser vivo posee su propio espíritu.

Los huetares habitaban en las montañas, pues desde allí cultivaban sus alimentos, obtenían madera para construir sus viviendas y se establecían cerca de nacientes para abastecerse de agua. En el sentir indígena, la felicidad consiste en vivir de la naturaleza y, a la vez, cuidarla.

La conexión espiritual en la persona indígena es de carácter místico. Los hechos de la vida cotidiana se interpretan como mensajes de los ancestros o como señales que anuncian situaciones difíciles de explicar. Este es el caso de la visita de colibríes a las casas, considerados espíritus de personas que han partido y que, en vida, fueron cercanas y apreciadas. Asimismo, existe la creencia de que, durante los velatorios, siempre aparece algún animal en las cercanías del féretro, como una araña, un gato, un ave o un murciélago, cuya presencia refleja características de la persona fallecida. De igual manera, cuando se toman animales del monte para la caza, se solicita permiso al creador, en señal de respeto por la vida que se ofrece para alimentar a la familia.



En el sentir indígena, la felicidad consiste en vivir de la naturaleza y, a la vez, cuidarla.

Los hechos de la vida cotidiana se interpretan como mensajes de los ancestros o como señales que anuncian situaciones difíciles de explicar.

Para los huetares, los sitios de agua son espacios sagrados y mágicos, habitados por espíritus que resguardan riachuelos, cataratas y lagos. Por esto, al visitarlos, es necesario pedir permiso y actuar con cautela para no provocar su enojo. En algunas ocasiones, este se manifiesta mediante ruidos extraños, el enturbiamiento del agua o la presencia de truenos. Solo quienes poseen conocimiento sobre estos saberes pueden interpretar lo que sucede en estos lugares especiales.

Desde tiempos antiguos, la naturaleza ha sido el hogar y el espacio donde aprendemos a vivir en armonía y respeto. El conocimiento se encuentra relacionado con los ciclos de la luna, los eclipses, las mareas y los cambios del clima; en síntesis, a todo lo que nos rodea. De cada experiencia se obtiene un aprendizaje que orienta hacia una vida en equilibrio entre la mente, el cuerpo y el espíritu. Sin embargo, para alcanzar este equilibrio es necesario mantener una conexión constante con el entorno natural, de manera que desde el silencio sea posible encontrar la energía y el conocimiento necesarios para la vida cotidiana.



Del territorio indígena Quitirrisí de Mora. Huetar por parte de madre y Ngabe de padre.
"Máster en Administración Educativa".
Licenciada en educación especial. Docente en la escuela indígena Quitirrisí. Poeta.

Mariana Bejarano Pérez

La naturaleza como casa y familia: cosmovisión del pueblo cabécar sobre la vida y la creación



Para mi pueblo, la naturaleza es algo muy grande, muy hermoso y muy respetado. No es solamente el monte ni los árboles ni los animales. Para nosotros, la naturaleza es la casa: la casa donde Dios nos dejó junto con todos nuestros hermanitos. Y esos hermanitos son las plantas, los animales, las piedras, las hojas, el agua, el viento y también nosotros. Todos somos parte de esta creación. Nosotros somos parte de ella y ella es parte de nosotros.

Por eso, desde pequeños nos enseñan a respetar la naturaleza en todo el sentido de la palabra. Ese respeto no se aprende solo con consejos, sino con la manera de vivir. Nuestros mayores nos enseñaban a guardar silencio, a no llegar haciendo escándalo y a no hablar en voz alta en ciertos lugares. Decían que, cuando uno llega a un sitio nuevo, debe hacerlo poco a poco: mirando, sintiendo y aprendiendo a acercarse con respeto. Además, enseñaban que hay que hablar con las plantas y con los animales, porque ellos también escuchan y forman parte de nuestra familia.

En la tradición de mi pueblo hay muchas historias que explican esta relación con la naturaleza. Nuestros abuelos contaban que Sibö hizo a los primeros seres con flores, hojas, cascaritas, raíces, agua y arcilla. Así formó a nuestros antepasados y les dijo que la tierra era su casa. Después, algunos fueron transformados en piedras, otros en plantas y otros en animales. Por eso, decimos que las piedras son nuestros antepasados y que los animales también son nuestros hermanos. No lo decimos por decirlo, sino porque así entendemos la creación: todo tiene origen, todo tiene valor y todo merece respeto.

Nuestra espiritualidad también está unida a la naturaleza. Cuando nace una persona, se le puede regalar una semilla o una matita —como cacao, pejibaye o aguacate— para que la siembre. Cuando alguien muere, también se mantiene esa relación espiritual con la tierra y con la vida. Además, en nuestra tradición se canta al sol, a la luna, a las plantas, a los animales y a la misma naturaleza. El cabécar siempre canta, porque el canto es una forma de agradecer, de acompañar y de mantener viva la relación con todo lo que existe.

Recuerdo que mis abuelos hablaban con las plantas. Cuando yo era niño, los veía acercarse al maíz y decirle palabras cariñosas, como si estuvieran hablando a un hijo. Yo no entendía por qué lo hacían, pero ellos me enseñaron que no se debe maltratar la tierra ni hablarle mal a nada de lo que vive. Decían que todas las cosas hablan y que también saben reconocer si una persona actúa con amor o sin amor. Por eso, había que sembrar, limpiar, moler maíz y trabajar siempre con respeto, con cariño y hasta con canto, porque cuando las cosas se hacen con amor, la belleza queda dentro de lo que uno hace.

Para el pueblo cabécar, entonces, la naturaleza no es una cosa ni un recurso. Esta es nuestra casa, nuestra familia y nuestra raíz. En ella están nuestros antepasados, nuestra espiritualidad, nuestra forma de vivir y nuestra manera de entender el mundo. Nosotros no estamos aparte de la naturaleza: somos parte de ella. Por eso, debemos cuidarla, respetarla y vivir en armonía con todo lo que nos rodea.

> El cabécar siempre canta, porque el canto es una forma de agradecer, de acompañar y de mantener viva la relación con todo lo que existe.



Descendiente de los pueblos cabécar y bribri. Estudió en la Universidad de Costa Rica y fue asesor nacional del Ministerio de Educación Pública en las áreas indígenas. Investigador de la cosmovisión de los pueblos originarios y de sus cantos espirituales. Autor de diversos textos pedagógicos y narrador oral.

Severiano Fernández Torres